

## RAMÓN LLULL Y LA TRADICIÓN DEL EREMITISMO APOSTÓLICO

«El hombre perfecto llega a ser igual a los apóstoles; nutre ideas apostólicas. Al igual de S. Juan, se vuelve hacia los hombres para decirles lo que él vio en Dios. Y no sólo puede, sino que debe hacerlo. No puede comportarse de otra manera». Así resumía el Padre Ireneo Hausherr S. J. la doctrina del apostolado según Simeón el Nuevo Teólogo, entre los místicos bizantinos uno de los mejores representantes de la tradición oriental del misticismo apostólico, que han precedido o seguido a la aparición del B. Ramón Llull.<sup>1</sup>

El «hombre apostólico» es un carisma que ha alcanzado el grado supremo de contemplación, y de tal manera vive la unión con Cristo, que pueda realizar en su persona las promesas soberanas de Jesucristo a sus apóstoles: *Misit eos...* los envió para realizar milagros, sanar enfermedades, leer en las profundidades del corazón humano, lanzar su mirada escrutadora hacia el futuro, y destruir el reino del demonio. Bajo esta perspectiva, nos dice Dom O. Rousseau,<sup>2</sup> San Antonio el Ermitaño, sin ser diácono o sacerdote, sin haber pertenecido a la jerarquía, fué el más «apostólico» entre los eremitas. Numeroso fué el concurso de cristianos que afluían al desierto en busca de sus consejos y favores espirituales. Y el santo, dejándose llevar por Dios, delante de la muchedumbre, no podía resignarse a su celemín; su alma habíase convertido en apóstol, lo que expresaba ya en una forma restrictiva su discípulo Ammonius: «Dios tan sólo enviará sus solitarios a los hombres, cuando aquéllos hayan conseguido todas las virtudes».<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> *Syméon le Nouveau Théologien*, en «Orientalia Christiana», XII (1928) p. XXX.

<sup>2</sup> *Monachisme et Vie religieuse*, Chevetogne, 1957, p. 26.

<sup>3</sup> *Ammonii Epist.* XII; P. O. 10, 604.

Ramón Llull, en los albores mismos de su conversión, hacía el juramento solemne de no conocer reposo ni consolación, hasta que el mundo entero cayese de rodillas ante Dios trino y uno.<sup>4</sup> Tarea bien ardua, nos dice el R. P. Longpré,<sup>5</sup> pues a las fronteras del mundo cristiano se apiñaban Judíos y Arabes, las hordas tartáricas y los cismáticos del Oriente. Ante este bloque compacto, los ejércitos de los cruzados, repetidas veces mordieron el polvo de la derrota.

Ramón Llull soñaba en todo esto. Mas, desde hacía meses, desde su conversión, vivía como un asceta, componiendo entre tanto sus obras, alternando la vida de eremita y la de peregrino. Ante el mundo pagano que se agitaba, Ramón se daba cuenta de que el esfuerzo apoloético y misionero del siglo XIII carecía de eficacia. Tal, la aventura heroica de S. Francisco de Asís en Damietta. Los cristianos, y él mismo, no estaban preparados para entrar en la lucha. Ahora bien, la situación pedía urgentemente un nuevo método de apostolado. Ramón Llull se encuentra pues, ante una doble alternativa: ¿seguir cierta corriente tradicionalista de apostolado, o intentar renovarla en lo necesario? Tal es el problema.

En presencia de la obra inmensa de apostolado que se ofrece, Ramón Llull no pierde ánimos.

Pero, ¡con qué nuevos medios cuenta!

Nos encontramos en el año 1275. El Infante de Aragón Don Jaime II hallándose en Montpellier, oyó hablar de la conversión de su antiguo maestro. Deseando examinar el valor de los escritos de Ramón, lo llama a Montpellier.

Ramón, dado a la contemplación en el Monte Randa, no olvidaba con todo sus proyectos de apostolado expuestos en el *Libre de Contemplació*. El se arranca a su tranquila soledad, en espera sobre todo de que el príncipe comprendiera la obra que se propone realizar, y entrando en el continente, atravesando Cataluña y Languedoc, llega a la ciudad universitaria de Montpellier donde le esperaba el Infante.

Entonces Ramón le cuenta sus ensueños: fundar un colegio de frailes menores, que junto con la lengua árabe aprendieran la teología y los grandes principios de su «Arte», que les permitiera disputar victoriosamente con los musulmanes.

<sup>4</sup> *Lib. Cont.*, I.V.c.ccc LVIII, t. X, p. 554.

<sup>5</sup> DTC, IX, col. 1122.

Convencido el Infante, concede a su amigo y Maestro, la fundación de un Colegio en Miramar, y poco después, él mismo manda construir, siguiendo las indicaciones de Llull, el convento de la Santísima Trinidad, en el que 13 franciscanos estudiarán bajo la dirección personal del Doctor iluminado, fundación que el Papa Juan XXI aprueba por una bula dada en Viterbo el día 16 de noviembre 1276.

Los religiosos que deberían ser discípulos misioneros en Miramar, debían pues en la idea de Ramón Llull, ser escogidos entre religiosos conocidos por su piedad y ciencia, pero cuya contemplación sería esencialmente práctica, ya que tendía sobre todo a formar en la intimidad del claustro apóstoles abrasados en el amor divino, de tal modo que les llevase a enseñar la santa fe romana a los infieles, y dispuestos a hacer el sacrificio de sus vidas por medio del martirio.

«Te pido que des la gracia de la contemplación a los hombres justos, a fin de que se enardeczan en tu amor y vayan a enseñar la santa Fe romana a los infieles, que corren al fuego perdurable por falta de maestros» (*Lib. Contempl.*, T. IX, 206, II).

«Oh glorioso Señor! ¿Cuándo será aquel bendito día en que veré que los santos religiosos te quieran tanto alabar que vayan a tierras extrañas a predicar tu Unidad y Trinidad, tu Encarnación y tu terrible Pasión?...» (*Id.*, 246, II).

Para Ramón Llull, el amor de Dios y el temor de perderlo nos invitan a la vida eremítica. En la soledad crecerá el amor a Dios, se fortalecerá. El ermitaño, cuando haya tocado las cumbres de la contemplación, descenderá hacia los hombres, las manos llenas de una mies, con la que les alimentará.

Además, notaba ya H. Probst,<sup>6</sup> una acción más fecunda después de la contemplación y los éxtasis. ¿no es el signo auténtico y revelador de una mística superior? «Para crecer en perfección no basta tener el hábito de la caridad, sino que esa perfección se dará más plenamente cuanto más intensamente, más universalmente y más actualmente informemos de caridad toda nuestra vida». Así, a más contemplación habrá más santidad, y a más santidad, más apostolado. La vida de acción, dirá santo Tomás, ha de proceder «ex plenitudine contemplationis» (II. II. q. 188. a. 6).

<sup>6</sup> Llull, *mystique pour l'action*, «Estudis Franciscans», 1935, p. 127.

Toda vida santa ha de ser eminentemente contemplativa, eminentemente apostólica, con el apostolado de esa misma contemplación y santidad, pero apostólica externamente.

Todos sin embargo no lo pueden comprender. Por esto, en el canto del *Desconort*, Ramón Llull se queja ante un ermitaño de la poca comprensión de los cristianos que no quieren oír los proyectos del Beato sobre la conquista militar y espiritual del mundo musulmán, como lo hacía muy bien notar el R. P. Platzcek: «Las preguntas y acusaciones del ermitaño nos introducen en las últimas razones del Beato y nos llevan a reconocer que el elemento común a toda vida santa, que ha de llenarla por completo, y que en cierto modo es sin medida: la contemplación apostólica».<sup>7</sup>

Y así veremos el hecho a primera vista paradoxal: el ermitaño del *Desconort*, a pesar de sus esfuerzos para ganar a Ramón Llull a la vida exclusivamente eremítica, dejar eremitorio, monte y bosque para escoger la vida activa y ayudar así a la gran obra luliana.

En el mismo espíritu están escritas las páginas del capítulo séptimo de *Blanquerna*, donde Ramón Llull por boca de los personajes expone los motivos que admite para seguir la vida eremítica; al Padre Evast que le pide la razón principal porqué quiere dejar el mundo, Blanquerna contesta: «...quiso Dios que me aplicaseis a la teología y a otras ciencias que me dieron conocimiento de Dios, quien por lo que obra su virtud en las criaturas se representa, y como este mundo es grande estorbo para contemplarle y considerar su encumbrada virtud, por esto le dejo y me retiro a los montes y desiertos. Conmigo llevo todo lo que aprendí; solitario quiero vivir, para que nada me impida el memorar, conocer, amar, alabar y bendecir a Dios con lo que sé. Esta es, señor, la razón principal y la que más ilumina mi entendimiento y me convence para dejar el mundo, a vos, a mis parientes y amigos».<sup>8</sup>

Esta respuesta nos da la llave del problema, y cuya importancia, A. Sancho,<sup>9</sup> siguiendo al R. P. Platzcek, acertadamente había subrayado, puesto que ella resume la cuestión en cuatro puntos: «1) La principal razón de la vida eremítica es naturalmente nuestra primera

<sup>7</sup> *La vida eremítica en las obras del Beato R. Lulio*, «Rev. de Espiritualidad» (San Sebastián, 1942, p. 61-79, 117-143).

<sup>8</sup> § 5.

<sup>9</sup> *La mística de R. Lulio*, «Rev. de Espiritualidad», 1943, p. 19-34.

intención, a saber el amor de Dios. 2) La naturaleza es un medio. 3) El mundo es un obstáculo para dedicarse a tal vida. 4) No obstante, en el mundo se pueden lograr conocimientos importantes en la ciencia, principalmente teológica que sirven a la vida eremítica, (y veremos que la vida eremítica puede conducir a la vida misionera).

«Lograr conocimientos importantes en la ciencia principalmente teológica», he aquí lo que cuenta mucho para Ramón Llull. Así, continúa Ramón la tradición señalada ya por Simeón el Nuevo Teólogo, que escribía: «Nadie podrá adquirir y conservar el perfecto amor de Dios sino en proporción al conocimiento espiritual, el cual se puede adquirir por el estudio. Ahora bien, este conocimiento se agranda gradualmente también por medio de los cotidianos esfuerzos del asceta».<sup>10</sup> ¿Y dónde mejor podría entregarse el alma a los ejercicios ascéticos sino en un eremitorio?

Aquí aparece claramente ese intelectualismo doctrinal de Ramón Llull señalado en parte por A. Sancho, y ciertamente será preciso que los eremitas convertidos en misioneros sean hombres instruídos, si consideramos el cometido y empresa enorme que Ramón les propone: llevar a los disidentes al seno de la unidad de Iglesia, refutar el naturalismo fatalista de los Tártaros, probar la divinidad de Jesucristo, negada por los judíos, con los argumentos de su arte, destruir la Teología del Corán y la filosofía Averroísta: problemas que solamente un buen teólogo podría afrontar victoriosamente.

¿Constituirán una novedad en la Iglesia las ideas y el proyecto de Ramón Llull?

Hace un momento, hemos hecho alusión a San Antonio y a su discípulo Ammonius. En cuanto a los otros ascetas egipcios del tercero y cuarto siglo, contrariamente a lo que pudiera creerse, el espíritu apostólico no está ausente totalmente del ideal monástico. Así, puede juzgarse hasta qué punto este espíritu apostólico ha penetrado, con una carta de S. Atanasio al monje Dracontius —quien ha recibido la gracia del episcopado, pero se ha retirado de nuevo al desierto para gozar de la soledad— la necesidad de no traicionar su misión en un tiempo tan terrible para la Iglesia (354-355), de no escandalizar al pueblo por su huída, y de no dejar en manos de los herejes su obis-

<sup>10</sup> *Chapitres Théologiques Gnostiques et Pratiques*, présenté par J. Darrouzès, Coll. Sources Chrétiennes, Edit. du Cerf., Paris, 1957, p. 49.

pado de los suburbios de Alejandría: «Los paganos que han prometido en el día de tu ordenación, hacerse cristianos, quedarán en su gentilidad, solamente a causa de que tu piedad no ha estimado a su justo precio la gracia que te fué confiada». Toda la carta abunda en este tono. Atanasio ruega a Dracontius de considerar la cuenta que deberá dar el día del juicio, de los daños causados a los infieles «por quienes Cristo ha muerto», y le conjura de regresar a su Iglesia lo más pronto posible, y de encontrarse allí para la fiesta de Pascua. Dracontius no se debe más a sí mismo, él se debe a aquellos en cuyo servicio fué ordenado. Semejantes pensamientos eran capaces de obras sobre los solitarios, máxime habiéndose rendido el fugitivo al llamamiento que se le había hecho.<sup>11</sup>

Con todo, a primera vista podría esto parecer paradójico, el monje, el anacoreta por definición y por vocación, no son misioneros, y el «Misit eos» de Cristo no parecerá referirse a ellos. Y, sin embargo, lo que acabamos de ver en los anacoretas egipcios, se encontrará también en los anacoretas griegos y latinos.

Veremos a un S. Juan Crisóstomo llevar una vida cenobítica en las montañas vecinas de Antioquía durante cuatro años; más tarde vivir como anacoreta en una caverna<sup>12</sup> durante dos años, y después de haberle ordenado sacerdote el obispo Melecio, lanzarse a una vida evangélica, imponiéndose desde el comienzo de su predicación, gracias a su admirable talento de predicador, y gracias sobre todo a su celo apostólico. Es él, quien abrirá a los monjes el vasto campo de las misiones paganas. El, quien reclutará para las misiones de Fenicia al anacoreta de Nicea.<sup>13</sup> Su celo se vuelve comunicativo. Un superior de monasterio, Nicolás, hombre que ha comprendido su idea, enviará también sus monjes a las misiones y les animará para que perseveren.<sup>14</sup> En la misma comunidad, el sacerdote Gerontius se prepara a partir de nuevo, una vez restablecida su salud. Crisóstomo le recomienda reclutar misioneros: viajar con este fin apostólico vale más que quedarse en casa; aun en misión, se puede ayunar, darse a las vigiliass y al ejercicio de las demás virtudes de los solitarios, obteniendo además

<sup>11</sup> Cf. P. RESCH, *La doctrine ascétique des premiers maîtres égyptiens du quatrième siècle* (Paris, Beauchesne, 1931).

<sup>12</sup> Palladius, Dialogue 5.

<sup>13</sup> Lettre 221. P. G. 52, 733.

<sup>14</sup> Lettre 53. P. G. 52, 637.

la ventaja de salvar almas.<sup>15</sup> Las mismas recomendaciones a los monjes sacerdotes de Apamea, Simeón y Marés.<sup>16</sup>

Mucho es de lamentar que este apostolado misionero del Crisóstomo, no haya conocido una continuación, y que no haya habido ensayos serios y durables para mantenerlo; antes al contrario, el clero greco-bizantino por sus intrigas internas, paralizaba su acción y se agotaba en luchas teológicas.

Entre los Padres latinos citaremos tan sólo a San Jerónimo quien vivió al este de Antioquía, en el desierto de Calcis, esa «Tebaida siria», en donde, para apaciguar sus ardientes pasiones y conquistar la paz del alma, se dió a las austeridades más terribles. Después de algunos años de vida eremítica, será ordenado sacerdote por el obispo Paulino y se lanzará a la vida apostólica, entreverada de períodos de vida solitaria, como lo fué su estancia en Belén.

Permítasenos finalmente citar a San Benito de Nursia, quien para escapar a los malos ejemplos de una juventud corrompida, se retira por largos años a la gruta del Subiaco, y después de haber recibido el hábito monacal de manos del monje Romano, funda doce monasterios de doce monjes cada uno, lo que a su época constituía una verdadera empresa apostólica. El fué el gran Patriarca de los monjes de Occidente.

Pero, sobre todo en la Edad Media, la «vida eremítica» y la «vida apostólica» combinadas armoniosamente, encontrarán sus más numerosos adeptos.

En una conferencia dada en Roma en febrero de este año, con ocasión de la inauguración del año académico de la Goerres-Gesellschaft, cuyo tema era *Monachesimo e peregrinatio nel primo Medio Evo*, Dom Leclercq, de la abadía de Clervaux (Luxemburgo), notaba acertadamente, que esta cuestión no es sino uno de los muchos aspectos de la Historia de la Espiritualidad, que convendría poner de relieve. Sobre todo en la Edad Media, la Institución monástica había producido esas dos formas del heroísmo cristiano: la vida solitaria y la evangelización, sin introducir nada nuevo, puesto que la época patristica lo había conocido, pero uniéndolas por primera vez con la vida de peregrino.

<sup>15</sup> Lettre 54. P. G. 52, 638.

<sup>16</sup> Lettre 55. P. G. 52, 639.

Dom Leclercq volvió a tratar la cuestión en un artículo en la «*Vie Spirituelle*» en febrero.<sup>17</sup> Esta vez, tomó como ejemplo a S. Bonifacio, S. Gregorio de Utrecht y a S. Liutger, obispo de Münster en 809. Presenta a S. Bonifacio como un solitario, al igual de S. Juan Bautista, y S. Benito, que un día fué llamado por Dios a hacer bien a las almas, no solamente por medio de su unión con Dios, sino por su acción en los hombres. Y de este modo, nos dice Dom Leclercq, preparado para y por la gracia, Bonifacio se convirtió en misionero. Al retiro, a la «*sessio*», sucede otra forma auténtica de ascesis: la peregrinación. Ésta no fué para él, como había sido para otros muchos, un medio de huir de las facilidades que ofrece una vida en sociedad, aunque sea monástica, sino que es, como lo será más tarde la de un S. Francisco de Asís, directamente orientada hacia la predicación. Ella constituye, por decirlo así, una «*gira*» evangélica. Con el fin de ganar para Dios los pueblos que todavía no le conocen, Bonifacio se pone en camino, pero siempre en la pobreza, como un extranjero indigente: «*peregrinus et egens*»... Dios coloca entonces en su camino a Gregorio, todavía niño: después de una sola entrevista, la gracia iluminando al uno y al otro, Bonifacio le hace la austera invitación: y el joven, sediento de desprendimiento, se declara pronto a renunciar a todo y de seguir a un pobre y extranjero. Bonifacio es un pobre de Cristo, «*Christi pauperem*». Acompañarlo y vivir como él, ¿no es acaso para Gregorio la manera más segura de seguir e imitar a Cristo?

En Italia el problema se enfocará del mismo modo. Desde sus comienzos los eremitas camaldulenses comprendieron que sería una ilusión aspirar a la cumbre la perfección y excluir de su programa el apostolado. San Pedro Damiano, biógrafo de San Romualdo, escribirá a propósito de este último: «*Tantus namque in sancti viri pectore faciendi fructus ardor incanduerat, ut, effectis nunquam contentus, dum alia faceret facienda mox alia properaret*».<sup>18</sup> Era infatigable cuando se trataba de la difusión del Orden Monástico y de la conquista de las almas. «*Ad multa loca quasi vagus vadit* —dice de él Bonifacio camaldulense— *semper tamen filios congregat in digito*

<sup>17</sup> *Saint Liutger, un témoin de l'évangélisation au VIII<sup>e</sup> siècle*, «*La Vie Spirituelle*», Fév. 1950, p. 144-160.

<sup>18</sup> *Vita Romualdi*, auctore PETRO DAMIANO (Romae, 1956), in 72 capitoli.



Dei». <sup>19</sup> Se encamina hacia Istria, «ut ibi gigneret novos filios». <sup>20</sup> Y a todas partes donde se dirige este gran fundador de eremitorios (a su muerte tenía ya diez), conquista innumerables almas por su palabra ardiente. <sup>21</sup>

Después de San Romualdo, San Rodolfo († 1087), el primer legislador de los Camaldulenses, escribirá un capítulo entero sobre la actividad apostólica de los ermitaños, precisando con qué espíritu tenía que desplegarse tal actividad: el ermitaño puede interrumpir su contemplación por el bien de las almas, pero en cuanto éstas no tienen ya necesidad inmediata de su intervención, debe lo más pronto posible continuar el curso de sus meditaciones. <sup>22</sup> Rodolfo justifica la acción exterior por su experiencia personal: «Es un hecho el que ella sea provechosa para la contemplación: ¿por qué tendría que condenarse? Solamente el abuso de actividad, hecho que sería contrario al fin que se propone la vida eremítica, es reprehensible». San Bernardo en sus sermones sobre el Cantar de los Cantares, desarrollará ampliamente esta idea. <sup>23</sup>

Finalmente, para San Pedro Damiano, la actividad exterior está en relación directa con el estado de perfección: por ello, si los obispos están obligados, dice, a hacer apostolado, los ermitaños son todavía más aptos para ello. <sup>24</sup> San Bonifacio († 1009) aplicará la misma doctrina, el apostolado en su pleno ejercicio es para los perfectos: «cupientibus dissolvi et esse cum Christo, evangelium paganorum». <sup>25</sup> Una de sus grandes preocupaciones fué precisamente demostrar que era posible la unión entre la vida eremítica y el apostolado misional, dos polos que le atraían igualmente por su indisoluble unidad. Y describe todo un programa de conquistas en tierra de misiones, programa que, según él, deberá ser vivido en el monaquismo eremítico y facilitado por esta organización propia de la Orden Camaldulense. Esta prevé al lado de cada uno de sus eremitorios, siempre que sea

<sup>19</sup> *Vita Quinque Fratrum*, auctore BRUNO QUERFURTENSIS (S. Bonifacio), in 31 capitoli e 23 p. in-f. (Mon. Ger. Script., XV, 2, p. 207).

<sup>20</sup> *Ib.*, 3.

<sup>21</sup> *Vita Romualdi*, 35, 37, 43.

<sup>22</sup> *Constitutiones B. Rodulphi Prioris...* in «Annales Camaldulenses», T. III, col. 512 ss.

<sup>23</sup> Cf. 50, 5; 51, 2.

<sup>24</sup> S. PEDRO DAMIANO, Op. 23, c. 1.

<sup>25</sup> *Vita Quinque Fratrum*, 2.

posible, la presencia de un monasterio de cenobitas y la posibilidad para todos los religiosos de pasar por las tres etapas de vida religiosa, que son: la cenobítica, la eremítica y la misionera.<sup>26</sup>

De este modo, en tiempos de San Romualdo y con su bendición, se enviará un grupo de ermitaños misioneros a Polonia, a petición del rey Boleslao y del emperador Otón III, en 1001.<sup>27</sup> Enseguida se dieron a estudiar la lengua: «Inter haec admonet, ut linguam slavonicam discerem: hoc solum beatus Benedictus commendans admovebat et iterum admonuit, ne sine licentia apostolica venirem».<sup>28</sup> ¿Qué es lo que buscaron en Polonia estos ermitaños? Predicar y, eventualmente, sufrir el martirio: «...evangelizantes paganis non timeamus mori pro Christo... In martyrio enim omnia peccata extinguuntur»;<sup>29</sup> y también: «Hoc saepius dicentes...: non ea causa talem laborem subisse, ut ignota terra in heremo stare delectasset; verum quod magna bona creat, evangelizare paganis angelicum quaesivissent commodum, intra horrisonum paganesimum».<sup>30</sup> Efectivamente, dos de ellos, Benito y Juan, serán martirizados, como también otros tres ermitaños camaldulenses que fueron a juntárseles. Sucedió esto en 1003.

\* \* \*

A modo de conclusión de todo lo expuesto, bien podríamos afirmar ahora que Ramón Llull fué el hombre de la tradición; y que, desde el punto de vista que nos ocupa, se insiere en una larga cadena de la que no fué él, uno de los menores eslabones; pero por lo demás, no fué sólo el hombre de la tradición. Apareciendo en una época en la que el Islamismo era muy poderoso, tuvo el mérito de comprender que el error no se destruye más que sustituyéndole por la verdad; que para combatir eficazmente a los disidentes orientales o la espiritualidad musulmana, era preciso oponer la auténtica espiritualidad cristiana. Los misioneros de los últimos siglos anteriores a Ramón Llull, en materia de apostolado misional, no tuvieron que enfrentarse por lo general, sino con paganos, de espiritualidad muy primitiva. Los

<sup>26</sup> Cf. ANSELMO GIABIANI, O. S. B., *L'Eremo*, Morcelliana, 1945.

<sup>27</sup> Estos ermitaños eran S. Bruno, S. Bonifacio, S. Benito y S. Juan. Cf. *Vita q. Fratrum*, 9 y 2.

<sup>28</sup> *Vita q. Fratrum*, 9 y 2.

<sup>29</sup> Id., id.

<sup>30</sup> Id., 2.

adversarios de Ramón Llull serán de otra clase y para combatirles serán necesarias las armas de la ciencia. De ahí la construcción de su sistema apologetico, la creación del colegio de Miramar para la formación de especialistas, la importancia que se dió al estudio de las lenguas orientales, etc. De ahora en adelante el misionero deberá recibir toda una preparación destinada a hacer que su apostolado sea más racional, y a asegurar más probabilidades de éxito. La vida eremítica no será ya considerada como un fin en sí misma, sino como un tiempo necesario de preparación, tiempo consagrado de un modo muy particular no tan sólo a la oración y a la reflexión, sino también al estudio. Así pues, Ramón Llull nos traza un nuevo surco de doctrina que, lejos de borrarse con él, será al contrario seguido por la posteridad, y que se encuentra hoy día actualizado por todos nuestros grandes centros de formación misional.

DR. ODETTE D'ALLERIT  
Strassbourg